

aquella tarde habanera que se ha perdido para siempre. Entonces el gordo Lezama le vuelve a apretar la mano aún más fuerte, y le repite la pregunta: «¿De verdad te has dado cuenta?».

Virgilio Piñera, carne y metafísica

Por Francisca Noguerol

Virgilio Piñera (Cárdenas, 1912-La Habana, 1979). Poeta, traductor, narrador y dramaturgo. Considerado uno de los autores más originales e independientes de la isla, a veces catalogado como integrante de la literatura del absurdo. Sus obras más conocidas incluyen el poema «La isla en peso» (1943), la novela *La carne de René* (1952) y la pieza teatral *Electra Garrigó* (1959).

Francisca Noguerol (Sevilla, 1967). Catedrática de Literatura Hispanoamericana en la Universidad de Salamanca, ha ejercido asimismo la docencia en diferentes universidades americanas y europeas. Es autora y editora de numerosas monografías y trabajos de investigación, en los que se manifiesta su interés por los movimientos estéticos más innovadores desde las vanguardias históricas hasta nuestros días.

Acercarse a la obra del cubano Virgilio Piñera, que practicó a lo largo de su vida con igual maestría la poesía y el teatro, la narrativa y la traducción, supone ingresar en un universo literario tan cohesionado en sus rasgos —sátira y denuncia del absurdo existencial, acidez ajena a principios edificantes, privilegio de la invención y la imagen, objetivismo y ausencia de psicologismo— como contrario al canon literario nacional imperante en su época. Convertido en referente de las últimas generaciones de escritores isleños sufrió, sin embargo, la suerte de quienes aparecen como un exabrupto ante los modelos patrios, lo que lo llevó a ser tildado en su momento como «el más argentino de los escritores cubanos» —no sin razón, pues así lo demuestran los bien aprovechados años vividos en Buenos



Aires y su amistad con escritores como Witold Gombrowicz (de quien tradujo el prodigioso *Ferdydurke*) o José Bianco—.

En el poema «La isla en peso» (1943), desmontó la mitificación de Cuba con versos como «¿Qué puede el sol en un pueblo tan triste?» o aquellos en los que reniega del barroquismo característico de la literatura nacional:

Me detengo en ciertas palabras tradicionales:
el aguacero, la siesta, el cañaveral, el tabaco,
con simple ademán, apenas si onomatopéyicamente,
titánicamente paso por encima de su música,
y digo: el agua, el mediodía, el azúcar, el humo.

Unos años después renovó la dramaturgia con *Electra Garrigó* (1948) y, con *Falsa alarma* (1949), inició la corriente del «teatro del absurdo», antecedendo con su propuesta a *La cantante calva* de Ionesco (1950), texto responsable de que el término cobrara su dimensión internacional.

En narrativa, la novela *La carne de René* (1952) describe a su protagonista como «un anormal o, si cabe peor calificativo, un excéntrico», apelativos aplicables al propio Piñera tanto por su orientación (nunca escondió su homosexualidad, por la que llegó a ser encarcelado) como por su poética, alejada del realismo socialista y del culteranismo a partes iguales. Aun así, como señala Bianco al hablar de su obra frente a la de Lezama o Carpentier, su barroquismo provenía no del estilo sino de la «acción misma» de sus creaciones (hecho recientemente apuntado por Carlos Gamerro cuando aplica la expresión «ficciones barrocas» a las obras de autores como Borges, Bioy Casares, Silvina Ocampo, Cortázar, Onetti o Felisberto Hernández).

Piñera, perteneciente a la estirpe de escritores «de cristal» frente a los de «la llama», despliega ante los ojos del lector un mundo alucinante, paradójicamente expuesto con términos exactos a través de narradores deshumanizados. Con ellos consigue llegar a delirantes alturas metafísicas y alejarse del «peso muerto» de los conflictos del siglo; de ahí que titulara *Cuentos fríos* a su primer conjunto

de relatos, recalcando «Son fríos (...) porque se limitan a exponer los pueros hechos».

En su literatura, la meditación sobre la carne —y su relación con dolor y placer— adquiere un papel esencial. No en vano, fue tachado de escritor masoquista debido a su interés por retratar cuerpos maltratados, contrahechos —«Cosas de cojos», «Oficio de tinieblas»—, despedazados —«Las partes», «La caída»—, canibalizados —«La carne»—. Por todo ello, si quiere asistir a un inolvidable «baile de cojos» o conocer «el infierno de una querida costumbre» adéntrese en sus textos, que encarnan como pocos aquella hermosa sentencia del poeta expresionista Gottfried Benn, según la cual «La categoría en la cual el cosmos se evidencia es la de la alucinación».